

PARA VOLVER A LA NECESARIA TEMÁTICA DE LA URBANIDAD

INTRODUCCIÓN

Cuando se habla contemporáneamente de la urbanidad, rara vez se detiene la persona en realizar unas consideraciones previas, pertinentes para contemplar el devenir y el desarrollo humano. Se mira y se especula sobre la urbanidad definiéndola como una serie de mandatos estipulados por alguien impositivamente, sin llegar a otras precisiones mucho más profundas.

El intento de este documento es muy sencillo: proponer una serie de reflexiones de carácter universal, establecer unos principios, para que a partir de ellos, los usuarios del escrito concluyan realidades de utilidad común y superen de una vez por todas el paradigma moralizante y esclavizante del comportamiento humano, como sinónimo de imposición y capricho.

Se trata de reconocer y revisar una serie de principios contemplativamente, para que en los diversos ambientes en donde interactúe la persona, tenga la suficiente claridad humana de manifestarse.

HACIA UNA METODOLOGÍA DE TRABAJO

Como metodología de trabajo se sugiere la siguiente:

En un primer momento los lectores reflexionarán en común sobre el contenido explícito y explicativo que se ofrece, posteriormente ampliarán, profundizarán, clarificarán el contenido propuesto. En un tercer momento concertarán algunas pautas o realidades que se desprenden como consecuencia de esa mirada serena, objetiva y necesaria que ofrece la realidad razonada y contemplada. Como cuarto y último punto, surgirá un escrito más allá de un “manual de urbanidad”, que cada individuo dentro del grupo que lo ha acogido y que ahora está constituido como comunidad, sabrá aprovechar.

En cada grupo humano en donde se propongan estas reflexiones se encontrará el modo de explicitarlas, de hacerlas comprensibles, puesto que ello depende de muchos factores, entre otros: la edad, la formación intelectual, el interés que despierte la temática, etc.

Es necesario advertir que para formar en cualquier ámbito de la realidad humana, no es necesario o no es condición ser perfecto, puesto que esta temática permite en alto grado la confrontación inmediata con respecto a la persona que la propone.

PRIMER PRINCIPIO: DEL HOMBRE DE CAVERNARIO AL HOMBRE DE LA CIVILIZACIÓN.

El hombre a lo largo de su proceso evolutivo ha pasado por distintos momentos, la humanidad no se manifiesta como realidad estática sino como realidad dinámica, al hombre de hoy lo antecedió un hombre que fue.

El hombre de Altamira, el hombre de la caverna y la cueva, es una expresión universal del ser humano, de humanidad heredada y a la vez significada en el mismo hombre campestre, que sigue siendo y sobrevive en una humanidad citadina (de urbe y de ciudad) y así sucesivamente. No existe forma humana aislada, desintegrada. Cada nuevo estadio humano lo es como crecimiento y mejoramiento del propio ser de la humanidad que se cualifica y se enriquece. Homo hominis hace referencia a lo humano, a la humanización, como construcción de lo verdaderamente digno del ser hombre, de la humanidad, como HUMANITAS, como humanidad en el sentido de culturización, cultura como sinónimo de cultivo, de lo que vale la pena ser cultivado, cuidado.

Cuando se contempla al hombre en un esfuerzo, remontándose en el tiempo y colocándose en su vieja realidad, se pueden evidenciar varias constantes, veamos algunas y confrontémoslas también contemplativamente con el hombre que supera el carácter de manada, de horda, de grupo sin ley y sin medida y que genéricamente hoy podemos denominar hombre urbano, en el sentido de aceptar unas condiciones mínimas de hombre de urbe, sujeto de urbanidad.

Efectuada la contemplación respecto del vestido podemos detectar:

En su vestido, el hombre de la caverna va semidesnudo, no tiene cuidados en la textura del mismo, no le interesan el diseño, la talla. Para el hombre cavernario el vestido únicamente conlleva el sentido de abrigarse y defenderse de la adversidad climática.

El hombre urbano, civilizado, el homo civitas, el hombre de la ciudad es cuidadoso del diseño, el corte, la talla, etc. Su vestido alcanza el sentido de la comodidad y no sólo del abrigo, lo utiliza no sólo para cubrirse en gran medida lo utiliza para lucirse.

El homo cavernario presenta una monotonía en su vestimenta, ajena al cuidado como sentido higiénico, al contrario del homo civitas, el homo urbanus, que prefiere llevar el vestido variado, adecuado con una combinación, su ropa está desodorizada, aplanchada, etc.

Sobre la preparación, presentación de la comida y forma de consumirla:

El homo de la caverna, consume la comida que se encuentra, cruda, presentada de cualquier modo, utilizada y consumida para superar la necesidad de la simple subsistencia aprovechada en cantidad, puesto que no se sabe..., consumida sin instrumentos especializados para cada plato, comida lejana de la selección, el balanceamiento, la combinación y la presentación.

El homo civil, civilizado, lejano del hombre cavernario, prefiere la comida selecta, seleccionada. Define si su realidad para ser consumida, la prefiere cruda, cocida, conservada o incluso "verde" o ecológica en el sentido de no aceptar que la base haya sido tratada o cultivada con químicos y resguardada con fumigaciones periódicas. El hombre civilizado, desea una comida presentada en forma variada, selecta, ritual, placentera, protocolaria. Aprovechada en cualidad nutritiva, dietética, balanceada, lejana del engullimiento. Consumida ritualmente, con los instrumentos adecuados, previo un protocolo.

El hombre incivilizado consume una Comida sin selección y sin ser ofrecida adecuadamente, No está interesado en que se le oferte previo unos protocolos, unos instrumentos pertinentes.

El hombre civilizado prefiere una comida ofrecida con diversidad de porciones y en forma selectiva, presentada como aperitivo, primero, segundo, tercer plato, postre, plato fuerte, etc.

En coherencia con el esquema sugerido, contemplemos el espacio o lugar de vivienda, la habitación de

Estos dos hombres:

Su espacio o cuarto individual arreglado de cualquier modo.	Con una disposición adecuada.
Sin identificación, en estado anónimo.	Con un sello de identidad y pertenencia.
Sin una privacidad objetiva.	Con un alto sentido de privacidad, incluso espacial.
Válida la habitación con el sentido de guarida y Comensalismo.	Lugar de encuentro, permanencia, identidad familiar y personal.
Especie de lugar de bodega y reserva.	Lugar de calor, encuentro, fuego, acogida.

No es censurable ni criticable el estado del hombre cavernario, precisamente él tuvo un modo de vivir, un “modus vivendi”, un horizonte en el cual arrastrado por su necesidad vital no pudo tener otro contexto, su valoración de la realidad, su entorno, su habitud, es decir, su forma de enfrentar el mundo fue de ese estilo.

Cuando se habla del hombre cavernario y el hombre civilizado no se utiliza el término en sentido Masculino, sino en el sentido de humanidad, abarca tanto a la mujer como al varón.

Al comentar esas contemplaciones lógicas, no es absurdo pensar que toda persona o nos mantiene y nos señala el mundo de la civilización, o por el contrario nos hace retroceder al hombre de la cueva y la manada, a un estado salvaje o semisalvaje., propio del hombre “mono” del hombre “fiera entre las fieras”

Para cerrar el comentario de esta primera perspectiva, las pasarelas no indican otra cosa que un avance en el diseño, la comodidad, la textura y el ingenio respecto del vestido y se convierten en signo de la civilización.

La exquisitez de la comida, su presentación y el sentido de la salud y equilibrio nutricional que el hombre descubre en la alimentación son signos del hombre civilizado, no así la llamada comida en serie, “comida de aserrín”, hamburguesas, hot dogs, etc, alimentos que no aceptan el rito y que se ofertan en cualquier de esquina.

Cuartos llenos de calor, encuentro, acogida fraterna, propios de la realidad familiar y lugares de paso, sin Identidad, propios de cualquier pasajero en cualquier hostel, sin identidad y sin sentido de hospitalidad, parecieran cuartos anónimos.

SEGUNDA PRINCIPIO: INTEGRACIÓN ENTRE LO ÉTICO Y LO ESTÉTICO.

Los Griegos, padres de la civilización occidental, propusieron un término muy difícil de interpretar: areté, es decir, excelencia física y excelencia moral como un todo que debe acompañar el quehacer humano, dentro de la búsqueda de la autonomía, el asumir cada uno del nomos, la cultura.

Los héroes como (Ulises y Aquiles), no sólo fueron idealizaciones del hombre como sinónimo de desarrollo a plenitud física, sino hombres desarrollados en su sensibilidad, guerreros no sólo fornidos, sino fieles, amigos verdaderos, así como se les observa aguerridos en la batalla, también se les observa adoloridos por las desgracias, sentimentales, sinceros, solidarios. Vale de ellos su grandeza física que no es menor que su grandeza moral.

De hombres y no ya de héroes está lleno el mundo oriental y occidental, veamos algunos:

Gandhi: hombre de finas formas y sobrio santo.

Arciniegas: hombre de formas y mundo, lo mismo que disciplinado escritor.

Juan Pablo II: deportista en sus tiempos juveniles y por sobre todo hombre espiritual y profeta.

Siguiendo el esquema del areté, no sólo cuenta la acción del ser en cuanto que la realiza, sea hombre o mujer, (dimensión ética), dicha acción debe conllevar la dimensión estética. Toda acción no sólo debe ser digna del hombre, también es imperativo que sea bella.

Una actuación será plena, si además de ser adecuada, es armónica, proporcionada, ordenada, integral, luminosa, creativa, actuación justa y loable, además de satisfactoria, placentera, bella, estéticamente válida, es decir, digna de ser vivida y contemplada.

Retomando las dimensiones: corporal del hombre, de su vestuario, su comida, su habitación, podemos contemplar: No sólo basta bañarse, ello conlleva quedar bien presentado (dimensión estética).

Lavar el cabello conlleva peinarse. Utilizar un vestido, conlleva combinarlo adecuadamente, fijarse y afirmar el diseño, elegir el más adecuado a la ocasión en que se va a utilizar. El vestido no sólo está hecho para utilizarse, está también hecho para lucirse.

Comer (dimensión ética de superación de la necesidad), conlleva presentar en forma atractiva la misma comida.

Beber no sólo contiene gusto, se debe saber elegir el tipo de bebida, adecuado a la ocasión.

Tener un cuarto o espacio como derecho de la persona, conlleva, manifestar en él la belleza, la armonía, la decoración, la perfecta adecuación del mobiliario, la personalidad que trasciende y se refleja en la decoración, etc.

TERCER PRINCIPIO: ARMONÍA ENTRE EL OBJETO NATURAL Y EL OBJETO ARTIFICIAL.

Se puede categorizar la realidad aprovechando distintas clasificaciones de objetos, entre ellos los objetos naturales y los objetos artificiales.

Una definición sencilla: objetos propios de la naturaleza y objetos culturales propios de la invención humana.

Cuando se confirma la existencia de los objetos culturales, existe en ellos una versión o novedad, están fabricados para satisfacer muchas necesidades, se encuentran desde abrelatas, las servilletas, los manteles hasta las más altas herramientas tecnológicas sofisticadas. Del mismo modo encontramos las piedras, las hojas, las flores, etc.

Dejándonos guiar por el precepto estético y no sólo ético, se esconde un concepto revaluado por el hombre culto, por el hombre civilizado, es el concepto de la ARMONÍA Y LA PROPORCIÓN, el poder alcanzar un todo equilibrado. Éticamente se le denominó el justo medio, el oro del medio, de la medida, la acción no desmedida, proporcionada.

La realidad continuamente ofrece la posibilidad de relaciones entre los objetos naturales y artificiales o culturales, por ello es deseable, loable conjugar estéticamente dichos objetos.

Veamos lo anterior en detalles muy simples:

Los objetos culturales (artificiales), como los adornos, aretes, cadenas, zarcillos, pendientes, es deseable que se armonicen con la naturalidad de la persona que los utiliza, no sería loable que al contemplar a una mujer, su naturalidad y belleza física fueran suplantadas por la cantidad de adornos que llevara en su cuerpo.

Las gafas (objetos culturales o artificiales), es deseable que se acompañen al ritmo o perfil del rostro de la persona que los va a utilizar, el optómetra que receta unas lentes, no es culpable de la elección de la montura.

El vestido (objeto cultural), es deseable que se acompañe o armonice con el color de la pigmentación de la piel. Muchas veces rechazamos inconscientemente a personas porque no “les va bien”, lo que llevan encima.

La vajilla a utilizar (objeto cultural), es deseable que se armonice con los objetos naturales que se van a servir u ofrecer en ella. De hecho es repugnante que se utilicen los mismos utensilios para servir distintos manjares naturales, no es loable que se sirva en plato soperos el postre, que se sirva en pocillo el agua fresca para beber, no es loable que se utilice el mismo pocillo en que se sirve el café con leche, para ofrecer el yogurt, la gaseosa y el agua de panela. No importa que todos estén limpios, puesto que el tema que se da

por descontado es la higiene, se está hablando de la relación entre lo natural y lo artificial.

En el hogar es bueno descubrir cuáles materas (objetos culturales), se corresponden con determinadas plantas, cuáles espacios aceptan adornos artificiales y de qué tipo, según las entradas de luz natural, cuáles espacios requieren luz artificial y qué lámparas son las adecuadas, etc.

Uno de los problemas de los modistos y diseñadores consiste en armonizar texturas naturales tales como algodones, lana, sedas y los objetos culturales que las deben acompañar.

CUARTO PRINCIPIO: EL SENTIMIENTO Y SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD ECOLÓGICA

Uno de los grandes avances del hombre occidental, respecto del mejoramiento y calidad de su existencia después de constatar que es la especie más amenazada, se refiere al cuidado del hábitat. El cuidado del entorno, del lugar o los lugares en donde se desenvuelven las especies, en donde viven o sobreviven.

Desde esa perspectiva es antinatural y por lo mismo falta de civilización el hombre que amenaza con su comportamiento el equilibrio de la naturaleza o pone en peligro cualquier especie, por insignificante que ella parezca a partir de su comportamiento o realidad actitudinal o de conducta. Veamos ejemplos precisos:

Es de incivilizados, destruir árboles sembrados en los parques, ello atenta contra la especie del árbol sembrado, como atenta contra la especie humana que necesita espacios de aireación limpia y descontaminados, lo mismo que atenta contra la dimensión estética que encarna el sentido paisajístico a que tiene derecho el hombre, en su dimensión estética.

Es de incivilizados el ruido que contamina, puesto que con ello se está atentando directamente contra la salud de la especies. El ruido no sólo ensordece, sino que aleja para siempre a los pajaritos que anidan cerca de nuestros hogares, especie que nos deleita con sus trinos.

Destruir las vallas y avisos, en concreto un comportamiento incivilizado de nuestros conciudadanos consiste en rotular de otros modos las señales de tránsito, romperlas, olvidando que ponen en peligro de muerte a miembros de la especie, propiciando accidentes, imprudencias, faltas de cuidado, etc.

Cuando se contamina, al arrojar basuras, no clasificar las mismas, se está poniendo en peligro a muchas especies, entre ellas a la especie humana, por las bacterias, el pulular de anaerobios, etc. que según la cantidad son directamente proporcionales a la enfermedad y así sucesivamente.

QUINTO PRINCIPIO: DE LA DESTRUCCIÓN AL CAOS Y DE LA CONSTRUCCIÓN AL ORDEN

Cuando un objeto se rompe o se destruye, en menor o mayor medida se torna caótico, manifiesta un desorden inmediato. La estructura, la proporción, la forma que guardaba o manifestaba en sí mismo se pierde, aparece un mundo de confusión, podría denominarse de desorganización.

Cuando se piensa con seriedad en el sentido propio de la creación y la creatividad, se proponen dos conceptos esenciales para comprender ese fenómeno: creatividad como sinónimo de orden y creatividad como sinónimo de invención. Para el caso que nos ocupa, nos interesa reflexionar un poco más en el primer sentido, es decir, la creatividad como sinónimo de orden u ordenamiento.

Dios Padre cuando crea el mundo, una de las realidades que manifiesta es la descaotización y la proposición de un ordenamiento. Todo era oscuridad y tinieblas, ordena el día y la noche dentro de la estructura luz, separa (ordena) los espacios, ordena las aguas, posibilita la secuencia lógica de las especies, etc.

Para nadie es un secreto que en el mundo del futuro el hombre estará interesado en tres realidades fundamentales: el diseño, la creatividad y la investigación. Todas las tres realidades propuestas requieren como condición previa de su desarrollo el orden, un ordenamiento, la descaotización, la lejanía del abismo y el desorden dentro de la misma realidad.

Veamos sencillamente cómo es nuestra realidad de seres situados y nos quedamos asombrados del caos y desorden que mantenemos cotidianamente.

No existe un horario definido y permanente.

El espacio íntimo de nuestro cuarto no es el lugar mejor ordenado.

La toma y cuaderno de apuntes es un mosaico desordenado.

El espacio de estudio (interno y externo al colegio) no es un dechado de virtudes precisamente en el orden.

El ritmo de los distintos procesos llevados a cabo durante el día (muchas veces salimos de la casa a "lo que sea", "a ver qué pasa").

Cómo es el ritmo de las comidas, del sueño, incluso del interés que prestamos a la misma televisión, etc.

El orden en los gastos que administramos con nuestro dinero.

Las prioridades de las acciones, cuáles requieren de nuestra preocupación primera y cuáles de nuestra atención secundaria.

El orden en nuestras prioridades de pagos y obligaciones, etc.

Es un problema de ausencia de disposición para la creatividad, es una negación hacia el hombre del futuro, es una afirmación del hombre rudimentario, paleolítico, antiguo, en vía de extinción.

SÉXTO PRINCIPIO: DE LA ACCIÓN DESMEDIDA IRRACIONAL A LA ACCIÓN LÚCIDA O DE CONCIENCIA CONSTANTE

Cuando se lee la tragedia de Ifigenia en Aulis (otros traducen en Aúlida), Agamemnon, jefe de las fuerzas griegas, personaje que ha mentido y engañado no sólo a su esposa, sino también por consecuencia a su hija, expresa: "Loco estoy, me ha dejado mi mente, al abismo yo mismo me precipito". El personaje en cuestión se arrepiente de haber realizado una acción un tanto irracional, acción en la cual perdió la lucidez. Por otra parte la filosofía del zen, como forma de pensamiento equilibrado, propone una acción consciente y constante a todo momento. El hombre que a toda hora mantiene una lucidez a toda prueba, no sólo recordará lo que le haya ocurrido y haya hecho, sino que además no tendrá tiempo para el arrepentimiento.

Buda sostenía como iluminado, que precisamente la iluminación justo consiste en mantener una conciencia constante sobre la acción realizada, por ello decía: "cuando como como, cuando duermo duermo, cuando respiro respiro y así sucesivamente".

Para este principio rector se han tomado dos largos procesos de la humanización, a saber: el primero integrado dentro de la gran tradición occidental (la tragedia griega), y otro integrado dentro de la gran tradición de la filosofía budista enmarcada en la vasta y milenaria cultura oriental.

El hombre civilizado, el verdadero hombre como caminante hacia la perfectibilidad de sí mismo, se halla siempre abocado a vivir y desarrollarse en plenitud entre muchas posturas, entre otras, las propuestas anteriormente, contemplemos algunos casos:

Los tonos de voz y lo dicho a distintas personas pueden ser ejemplos de até (desmedimiento irracional) o conciencia constante. Si ello es signo del segundo caso, no hay lugar para el arrepentimiento y sufrimiento que la expresión conlleva.

Hacer lo que se está haciendo y con quien se está haciendo, en donde se está haciendo, ello corresponde a un acto completo de conciencia constante. Nosotros hacemos muchas veces otras cosas, en donde no se deben hacer y con quien no se deben hacer. Ello engendrará arrepentimiento, sufrimiento, dolor y no plenitud, gozo, felicidad, paz.

Se engendra dolor personal y comunitario cuando se pierde la conciencia constante, por ejemplo cuando no solicitamos permiso para retirarnos de un lugar presidido por alguien, cuando estamos haciendo otra cosa fuera de

aquella para la cual hemos sido congregados, cuando hacemos bromas pesadas sin darnos cuenta del dolor que podemos propiciar, cuando hablamos del otro sin tener conciencia de lo que decimos, cuando hacemos comentarios sin tomar en consideración los sentimientos de la otra persona, cuando queremos imponer nuestra visión sin considerar otras posturas y razones también valiosas, etc.

No somos hombres herederos de las grandes tradiciones humanas cuando el estado anárquico sustituye el estado de conciencia constante.

El hombre en su proceso de humanidad gana sentidos y se aleja del estado animal justo por tomar conciencia, por su alto grado de lucidez y acción reflexiva. El animal no tiene conciencia de sus actos, decimos que es irracional, lo acompaña el error, por ello sentimos deseos por lo menos de domesticarlos.

SÉPTIMO PRINCIPIO: EL HOMBRE QUE CURA, SANA Y SALVA.

Cuando se considera la acción de Cristo como el ser que anunció la buena nueva, la plenitud de la existencia humana, la participación en los dones del Reino, lo observamos como hombre que en su predicación se preocupa de descubrir la herida interna que tiene el otro, el ser que se sitúa frente a ÉL.

A partir de ese descubrimiento, quita lo que encubre, desvela, quita el velo que encubre la falsedad con la que se manifiesta externamente el otro y luego de curar esa herida íntima lo sana incluso externamente, no con un sentido de curantismo, curanderismo o milagrerismo, sino con el sentido de devolverle la plenitud, la felicidad, la dicha, el estado real de la salvación, hacerlo partícipe del reino de Dios. Cuánta dicha experimentó la adúltera luego de ser curada, sanada y salvada, cuánta alegría y felicidad sintieron los ciegos al ser curados y sanados, se sintió como un rey el hombre atendido en sus dolores por el pago que le hizo el buen samaritano, cuánta alegría experimentó Pedro al ser perdonado a pesar de necesitar de una curación y sanación escondida en su traición e infidelidad, etc, etc.

Cristo anuncia la plenitud del hombre cuando el otro lo apoya y le ayuda a curar, sanar y salvar. El cristianismo en consecuencia, apoya una acción hacia el crecimiento y el encuentro de la felicidad abarcando esas mínimas tres acciones en orden antropológico, puesto que el hombre necesita ser feliz y por lo mismo salvado luego de la curación y la sanación.

Sería anticristiano, por lo mismo antropológicamente indeseable como humanidad que aspira a la plenitud, engendrar o propiciar acciones que conlleven abrir heridas, manifiesten o conlleven dolor y sean semilla de infelicidad.

Siguiendo el esquema, citaremos ejemplos, veamos:

No es valioso en términos de acción humana cristiana, cualquier ofensa hacia otra persona, ofensa que puede ir desde el más leve desprecio hasta la más alta traición, ello es negación de la humanización plena que toma forma total en Cristo.

No es humanizante dejar de hacer lo que hay que hacer por el otro para que sea feliz, todo acto que conlleve sufrimiento y que sea apoyado por nosotros es un acto contra la humanidad, por ejemplo no escuchar al que sufre, no colocarse de parte del débil, etc.

OCTAVO PRINCIPIO: LA RESPONSABILIDAD CON EL TALENTO.

Uno de los aportes valiosos del humanismo fue el del descubrimiento de la persona, se acepta como una de las piezas fundamentales del pensamiento occidental el sentido que conlleva el ser persona, como el sujeto que no se repite dos veces.

Cada individuo es único, irrepetible, la humanidad no se construye, no se fundamenta en clonaciones, cada uno de nosotros tiene unas cualidades propias, unas inclinaciones muy personales, fruto de descubrir esos talentos y esas inclinaciones para llevarlas a su plenitud es lo que llamamos aptitudes, que junto con las actitudes le serán de gran utilidad a la hora de encontrar sus retos, elegir y optar por desarrollarse dentro de una vocación a la cual ha sido convocado, puesto que esos talentos le han sido dados de lo alto.

Un hombre que pusiera en tela de juicio su irrepetibilidad, sería algo así como un hombre tornillo del cual se pueden producir ejemplares idénticos, sería una pérdida de su autoestima, de su valoración personal. Lo más bello al ingresar y mantener una presencia en el mundo, consiste precisamente en sentirse distinto, no clonado, con un destino y una vocación propias.

Cuando el individuo se niega a esa interiorización, a ese estado de reflexión interna y se deja arrastrar hacia la corriente, hacia la pérdida de identidad, está negándose su propia realidad, cuando no quiere y no acepta con el concurso de sí mismo y de los otros auscultar sus propias potencialidades y habilidades, está en contradicción con la humanidad que expresamente lo promueve, lo muestra, lo manifiesta como ejemplo de originalidad y de originalidad; como ser original en cuanto que de él no hay copias y como ser originario, puesto que él se afirma a partir de la historia personal e irrepetible que lo origina y lo hace precisamente mucho más original.

Contemplemos acciones como ejemplos según el esquema:

No es humanizante todo acto que conlleve o afirme la homogeneidad cuando de descubrir los talentos se trata, es inculto por ejemplo pensar y querer por parte de algunos padres que sus hijos sean muy buenos en todas las áreas.

No manifiestan desarrollo y búsqueda de plenitud humana, todos aquellos actos desmedidos y en donde se esconde el sentido de manada, pandilla, colectivismo anónimo, puesto que son negaciones de la irrepetibilidad y genuidad del ser humano.

La continua ausencia de reflexión, interiorización, silencio, posibilidad de encuentros consigo mismo, son negaciones de búsqueda de identidad y por lo mismo formas de vivir la existencia en aras del anonimato, el colectivismo.

NOVENO PRINCIPIO: EL HOMBRE QUE SE FORMA COMO INDIVIDUO, GRUPO Y COMUNIDAD.

Así parezca absurdo, el individuo es posterior a la comunidad en sentido real. Fue la pareja la condición de existencia del individuo, es la comunidad educativa constituida la condición para aceptar al alumno, es la comunidad del Reino constituido la condición de la salvación del individuo.

En el caso de la institución educativa, se contempla y vive el esquema pedagógico formativo del siguiente modo:

Se acepta un individuo para que viva la experiencia gozosa de una comunidad educativa que lo antecede, para ello el individuo se integra a la vivencia de un grupo y junto a ese grupo el individuo y el mismo grupo aprender a construir comunidad.

La plenitud humana, depende en gran medida de la vivencia total del sentido comunitario. La soledad y la solitariedad, son realidades enfermizas, puesto que ellas son negación del estado comunitario al que siempre está convocado el hombre como individuo y como grupo.

No basta vivir reunidos, ello es manifestación de la grupalidad, hay que experimentar el banquete de la acogida, la sinceridad, el perdón, la solidaridad que son valores que únicamente se experimentan en la vivencia de la genuina comunidad.

El aprendizaje por ejemplo es una vivencia que se experimenta en la comunidad, puesto que nadie aprende solo o por sí solo, es necesario que alguien o algunos miembros de la comunidad hayan apostado anteriormente por esos aprendizajes, los hayan encontrado valiosos y los hayan refrendado como válidos.

Nadie se salva por sí solo, individualmente considerado, Israel superó la esclavitud (forma de salvación simbólica), como grupo que se hizo comunidad, no sólo salió grupalmente como un "grupo de esclavos" de Egipto, lo ideal fue que se dejaron conducir como pueblo, como nación, como comunidad de creyentes y Dios mismo los cuidó como a sus hijos, les dio su heredad, les entregó la tierra prometida, es decir, mantenían un solo sentir, unos sentimientos compartidos, unos ideales comunes, comulgaban, es decir, fueron cada vez más conscientes de construir comunidad como pueblo.

Descubran algunas realidades indeseables e incultas, es decir, no dignas de ser cultivadas de acuerdo con el principio anteriormente propuesto.